

“Miguel Espinosa”

Reflexiones en voz alta de Mercedes Rodríguez sobre el escritor

La Gaceta Sinfín, Diario *La Opinión*, 2 de abril de 1999

Ofrecemos hoy la segunda y última entrega (Véase La Opinión del viernes pasado) de un texto hasta ahora inédito de Mercedes Rodríguez sobre Miguel Espinosa. Un testimonio verdaderamente excepcional de quien fue durante décadas musa y corresponsal del gran escritor. En próximas semanas publicaremos también una amplia entrevista con quien fue para Espinosa la Azenaia de su “Escuela de Mandarines”.

(...) Ciertamente que Tierno había sido profesor en Murcia, pero nunca los años en que Miguel Espinosa ejerciera de atípico universitario. A mí, el escritor me hablaba con frecuencia de su bachiller en los Maristas, pero la Universidad como elemento apremiante de conversación, compareció compulsiva, creo yo, cuando empezó a maquinar las historias de Mandarines. Ahora bien, cuando el escritor murciano apareció con su primer manuscrito en la Revista de Occidente, fue sometido el texto al juicio del Viejo Profesor, quien entusiasmado, no sólo instó la publicación, sino que rogó a la editorial y por su mediación al autor, autorización para prologarlo. Un Miguel expectante, emocionado y agradecido, quiso conocer de inmediato a su Prologuista, y como el viaje y la corta estancia en Madrid fue a cuenta de mis recursos, era inevitable que yo asistiera a su primer encuentro. Se saludaron por primera vez una tarde, en el Café León, hoy desaparecido. Doy fe del hecho.

Tierno Galván

Por cierto que el prólogo del Viejo Profesor a *Reflexiones sobre Norteamérica* (título con el que se reditó el antes citado *Grandes Etapas de la Historia Americana*, es una maravilla de saber y claridad expositiva.

Quiero relatar otra anécdota entre el Sr. Tierno y Espinosa, antes de cuyo detalle haré ciertos comentarios. Durante algún tiempo, Espinosa vivió con su mujer, Teresa, en una

pensión de la calle Luna y enfermó teniendo que operarle de urgencia. Para hacer frente, en parte, a los gastos de la operación, Teresa y yo fuimos a cobrar, por adelantado, al Instituto de Juventud, el importe de dos artículos enviados por Miguel para su publicación previo paso, claro está, por censura. Pedí ser recibida por Mariano Nicolás, entonces Director del Instituto (o tal vez, Director de la publicación...). Mariano Nicolás nos pagó en el acto, percibiendo la necesidad y, al despedirnos, le dije alarmada: ¿Y si censura rechaza los artículos? “Pues pasará, replicó Mariano, que no serán publicados, lo cual es desdichado para Miguel y los lectores de nuestra revista, pero por el dinero no os preocupéis, y además, lograremos la publicación para que nadie sea deudor de nadie”.

Los artículos se publicaron, y cuando Tierno se enteró, sugirió a Espinosa, que si un día ganaban los rojos (los suyos, pues), podrían, por tal causa, encarcelarle. (Que yo sepa, no le preguntó por qué no acudir a él en situación tan extremosa, ni le brindó ayuda para posibles análogas contingencias). Sí, disfrutamos Miguel y yo de saludables carcajadas, cuando me explicó el comentario que le hizo a su potencial verdugo: “Pero Don Enrique, a mí cualquier régimen, si me encarcela, será por deudas. Nunca doy otros motivos”.

Texto desaparecido

Sigamos con Tierno: Cuando el Viejo Profesor publicó *La Realidad como Resultado*, Espinosa escribió un texto comentándolo, no sé si por propia iniciativa o a requerimiento del Profesor. Dicho comentario fue conocido por Tierno, quien habló con Espinosa agradeciéndolo...y algo reticente. Sobrio en su molestia, más bien advertida por Miguel, quien preocupado, dijo: “¡Pero Merceditas, qué raro es este hombre! Ni que yo le hubiese refutado; le objeté dulcemente, como se objetaría al Sumo Hacedor”.

Y bien, hace algún tiempo el Sr. Morodo me comentó que no había encontrado –y sí buscado con insistencia- entre el material que Tierno le confió en tanto que Albacea, el escrito de Miguel Espinosa sobre *La Realidad como Resultado*. El Sr. Morodo Leoncio decía estar seguro de habérselo visto a Tierno y, casi seguro, de haber comentado con él ciertas controversias. Pero el escrito no había aparecido por entonces y me rogó que solicitara a Espinosa hijo (el padre ya había muerto) una copia. Así hice, pero el hijo,

ejerciendo de heredero, no quiso enviar un texto que, según su criterio, estaba incompleto y no lo estimaba digno. Si bien en un diario nacional de gran tirada publicaron inéditos de Espinosa y, junto a varias exquisiteces literarias, un referido ruborizó, por su medianía, a los expectantes del pensar espinosiano que no equivalen exactamente a los incondicionales.

Porque hace poco leí el libro del Sr. Alonso de los Ríos titulado *La verdad sobre Tierno Galván* y porque a su través se han convertido en sospechas ciertos sentires míos, que yo aparcaba como suspicacias, expongo las siguientes conclusiones:

Se le antojó al Sr. Tierno nacer en Soria, como se le antojó ser profesor de un alumno que por fuerza imaginó brillante y como tal él, necesariamente, tuvo que ser su desvelador. En cuanto al señalado trabajo espinosiano acerca de *La Realidad como Resultado* el Viejo Profesor debió echarlo a la papelera, sin más. Los reparos de Espinosa agrisaban un poco el luminoso talento adherido al personaje.

Por cierto que el Señor Alonso de los Ríos llama enigmática a la novela *Escuela de Mandarines*, cuando, a estas alturas, mesnadas de expertos se han ocupado del texto. A no ser que llame enigma a no conocer los nombres reales de las personas en las que Espinosa decía haberse inspirado. Tiene difícil verificación, pero no imposible. Puesto que nadie lo ha hecho, me atreveré con algún ejemplo. Con el nombre de Pedrarias o Lego de las Posibilidades, se refiere al turo a veces al Profesor Muñoz Alonso (también citado por Don César Alonso de los Ríos), otras al suegro de un ex ministro de trabajo hoy “replicante” (según la película de ciencia-ficción) del más notorio y reciente Asolador Patrio...La anécdota, en la novela referida a la División Azul, no concierne, en absoluto, a Muñoz Alonso.

Citemos también a Cebrino, cuyo nombre real es Antonio Abellán Cebrián, y a quien el autor vuelve a sacar en otros libros; posee el modelo de intelecto que yo envidio, y la naturaleza que mi marido, mi hija y yo hemos amado sin discontinuidad, contra toda presión. Cebrino no corresponde gran cosa a nuestros anhelos, pero seguro que nos piensa y, en cuanto tal, nos testimonia lo que ayuda a calmar el dolor de las muertes que fatalmente nos cercan, y a menospreciar los cerriles y persistentes olvidos, cuyo silencio expresa rapacidad.

Otro ejemplo más. En la primera versión que yo leí de *Mandarines* (se entiende la aún manuscrita y sin seguro título) mi marido (no lo era entonces) figuraba con el nombre de Guerraclio. Pero cuando Miguel se enfadó y cortó con nosotros según su palabra escrita, sin hacer cambio alguno en el texto, sustituyó el nombre de Guerraclio por Takeiko Mitsukuri, un amigo japonés común, con cuya sustitución mi marido se sintió, a un tiempo, herido y honrado. Empero, Miguel Espinosa también quiso inmortalizar a mi marido en el Camilo de *La fea burguesía*, único heterónimo que, hasta el presente, yo he acotado en la obra publicada de Miguel Espinosa.

La experta en letras Carmen Escudero Martínez encuentra que el Eremita de *Escuela de Mandarines*, y un tal Beocio, también autor genuino, son heterónimos. Pero yo afirmo que, los tales, son pseudónimos. Ella razonará como técnica. Y yo en “maruja” lectora.

En fin, identificar los entes reales a los que Miguel Espinosa convirtió en arquetipos literarios, y por tanto engrandeció, es oficio que me llena de contento.

Enumeraré aquí otras noticias que me causaron, por contra, dolorosa sorpresa.

Leyendo yo distraída el texto dominguero del *ABC*, donde aparecen famosos de cantidad o calidad diversa, reparé en que el protagonista de cierto día era Emilio Casinello, diplomático luego famoso en la llamada Exposición Universal de Sevilla, ungido por el omnímodo Felipismo. Se preguntaba al Sr. Casinello, según ritual, qué autores eran sus favoritos y él contestó: Miguel Espinosa. Por asalto de mi memoria, tuve un ataque de llanto, pues al diplomático recurrí yo hace muchos años, solicitando en préstamo la cantidad precisa para la entrada, como inquilinos, de un modestísimo piso, donde Miguel quería vivir junto a Teresa y los dos hijos. Acudí al Sr. Casinello por consejo de Espinosa, convencido de que tal persona, reunía las condiciones que harían imposible una negativa. Este Señor negó el dinero, negó al escritor y de paso, censuró mi proceder. Tal humillación acreció mi coraje y me fui en pos de un amigo al que no veía desde mucho tiempo atrás, quien me dio el dinero, impidiendo la explicación acerca de mi demanda, usando estas palabras: “Para ninguna mala causa puedes tú pedir, Mercedes”.

Pasó algún tiempo y quise, porque en ese momento podía, devolver lo pedido, pero mi amigo no lo aceptó porque, según me dijo, aunque el dinero se gane con sacrificio,

nunca debe ser préstamo si la devolución exige, por parte del deudor, esfuerzos desmesurados. Cuento la elegante contribución anónima que sirvió, como otras anónimas generosidades, para que no muriera de inanición el entonces escritor estorbo, que años después, sumaría placeres, como hemos visto, a los muy logrados por tan sensible diplomático. Dije a Miguel quién le negó, pero callé el nombre del desprendido, pues mis silencios con el escritor no eran, a veces, tan espontáneos, sino debidos a diferencias de enfoque para integrar sucesos cotidianos en el intelecto especulativo. Yo tenía el atrevimiento, sin su permiso, de llamar realidad sólo a los hechos, ni siquiera al lenguaje que los explicita. El escritor definía primero la realidad para acomodar a ella la explicación de los hechos. Y nada que objetar, porque, según él, para sistematizar se parte de evidencias o de convenciones.

Sentido común

Pero yo soy, por carácter, asistemática, y no utilizo como evidencia más que el sentido común...Por lo cual resulto a los otros mezcla de curiosidad, analfabetismo, e impertinencia. Ahora, por ejemplo, me resulta fraudulenta la moderna axiología progresista. ¿Cómo saber lo que significa tal palabra sin hacer recuento de cuántos, quiénes y el porqué han progresado? Yo no veo ninguna diferencia entre la praxis cotidiana de reaccionarios progresistas y viceversa. Y es que, si en cita de Miguel Espinosa, “los dioses de quienes mandan resultan necesariamente falsos para quienes obedecen”, los valores predicados, que no practicados, por los entes históricos, resultan caricaturas para los ahistóricos, los sin voz, los pobres a escala por debajo de la cual ninguna virtud es exigible. Es la praxis de los valores éticos, de los cuales el factor económico jamás debe eludirse, no su prédica, lo que instaría a la ejemplaridad, y, sólo tan rigurosa conducta, conformaría sociedades genéricamente habitables.

Originales

En el año 1977 Miguel Espinosa estampó su firma junto al texto (sin valor legal, claro) que reza así: “Merceditas, en caso de mi muerte, deseo, quiero y pido que te entreguen mis originales literarios y que juntamente con mi hijo, Juan Espinosa Artero, procedas a su examen, selección y posible publicación”. Por supuesto que el deseo de Espinosa es

ignorado por su heredero, pero como los herederos se parecen tanto, no se me ocurren reproches. Con todo, alguna conversación hemos tenido y algún escrito hemos cruzado el hijo de Miguel Espinosa (también autor) y yo. De entre los tales, la memoria me acerca, con frecuencia, este fragmento: “Mercedes, cuando dejes de confundir la excelencia moral con la santidad, reconocerás que mi padre era un santo”. Y aquí estoy perpleja, sin saber formular un juicio por lo que se enuncia, o por lo no dicho que sugiere el enunciado. Sí sé que el hijo no escribe como su padre, quien hubiera dado sentido lógico a la requisitoria explicando qué cosa entendía como excelencia moral y a que otra llamaba santidad. No olvidaré de Espinosa hijo fragmento tan enigmático, al cual, empero, no llamaré misterio...

Patria y profesión

Yo creo que Miguel Espinosa deseó ser y fue un sofista, con la significación brillante e innovadora que tuvo el concepto en la Atenas de Pericles, es decir, un profesional de la inteligencia que luchó como pudo, para enseñar a los otros a servirse, con el mejor fin, del intelecto que les cupo en suerte. Era como buen sofista maestro del pensamiento y la palabra (un implacable modo de seducción) y parodiaré, por expresarme con más tino, la inscripción funeraria de Trasímaco: “Su Patria fue el mundo. Su profesión el saber”.

En busca de humor a esta mediocre parleta reseñaré la primera nota escrita que recibí de Espinosa: “Mercedes, eres fea, tonta y sosa, falsa, coqueta y caprichosa, rabillo de cierta pareja, no tienes personalidad”. Integraban la pareja aludida, mi marido, soltero entonces, Francisco Guerrero Sáez y Elena, una bellísima, inteligente e inolvidable amiga (hoy también muerta) de la cual Francisco se había enamorado de veras, y como es lógico.

Mil correos utilizó Miguel Espinosa para hacerme llegar, la dicha cantinela, a los lugares más impensables, realizando variaciones sintácticas con las mismas palabras. Pero la primera vez, él fue su propio correo, depositando el escrito sobre la mesa de café que ocupábamos, juntos, Elena, Paco y yo. Eso sí, la nota abierta, llevaba, muy visible, esta indicación: “Suplicada para Mercedes”...

Comentaré con ustedes algo curioso...De cuantas entrevistas me han hecho sobre Miguel sólo las publicaciones específicamente culturales las transmutaron en verdaderas

masacres y daré una prueba, para que haya constancia de mi afirmación. Me hacen en cierta entrevista la siguiente pregunta:

-A finales de siglo pocas musas ha dado la Literatura. ¿Cómo te sientes envuelta en el nombre de Azenaia Parzenós?

Oigan mi respuesta: -“Desasosegada, porque constato la insalvable distancia entre la cosa –yo- y su representación –el mito de Azenaia-. La perenne juventud del mito, no protege de la decrepitud a la persona.

Respuesta estampada en la publicación: “Desasosegada, porque constato la involuble distancia entre la casa, es decir, yo...”

Ya en la primera transcripción “insalvable” se travistió en “involuble”, y la “cosa” en “casa”. No está mal eh...

Duendes de linotipistas...ni pensarlo. La entrevista me fue hecha dos años antes de su publicación, a quien me la hizo la endilgaron tres preguntas que no había formulado y a cambio, volatilizaron ocho de las doce que me hizo. Pero, ante mi asombro, la entrevistadora, poetisa hoy premiada, refulgía de contento (quizá por ver su nombre en un suplemento cultural), mientras yo, para recuperar mi equilibrio mental, compuse esta oración a Miguel Espinosa: “Eremita de unos pocos, ya que estás en los cielos de los ilustrados, ordena a los mandarines, legos y becarios de este mundo, que no acrezcan mi imbecilidad más de lo que con tu forzado silencio, me castigas”.

¿Era el señor Espinosa mujeriego? ¡Me lo han preguntado tantas veces! Él sostiene que sí, aunque lo matiza diciendo que se tomaba su tiempo en la seducción, y le duraban los lances amorosos más de lo atribuible al propiamente mujeriego. Sí sostengo que su necesidad de la mujer se sustenta en el hecho de que la considera seres instintivos y en tal sentido inocentes. Ignoro cuántas de las mujeres con él relacionadas fueron capaces de mejorar tal condición sin contrariar el propio talante y sistema de valores.

Eros

¿Se acuerdan ustedes de cuando el marxismo consideraba alienante el trabajo por cuenta ajena? Yo creo que Miguel Espinosa quería redimir a sus amores de semejante

alienación...O tal vez, fuera el espíritu de Eros, la más pura forma, más pura por más primaria, que tuvo él de ser feliz. Desde luego, si su confesión de parte, yo habría afirmado que Miguel Espinosa fue mujeriego...a su pesar.

En este punto justo, quiero leer una estrofa de la canción de la pitaya que al parecer gustaba mucho a Rulfo y encantaría al Miguel Espinosa que sobresale en mis recuerdos. Dice así la cancioncilla:

En la cárcel de Celaya / estuve preso y sin delito / por una infeliz pitaya / que picó mi pajarito: / mentira, no le hice nada, / ya tenía su agujerito.

Terminaré leyendo a ustedes uno de los pocos inéditos que me quedan del autor hoy obligado a ser objeto de su interés y paciencia.

“Si el Padre me llamara un día diciendo: Ven a esta Eternidad, yo pensaría que tenía la ocasión de hacer mi primer viaje corto. Pero estando tú en la Tierra, oh gacela muda, de la Tierra no querría despedirme, quebrando así por ti, en la supra hora, mi naturaleza y honor de sabio”.

El texto refiere una de las seis dedicatorias que escribió en el libro titulado *La fuerza de las ideas*, de Gilbert Highet, el primero que me prestó con la obligación de leerlo, y luego me regaló con la exigencia de que lo relejera en voz alta para él. La donación fue hecha en el año 1957. Su último texto directo fue una carta en 1980. Desde tal fecha hasta su muerte en el 82, las constantes, solícitas, largas y extemporáneas llamadas telefónicas, me daban cuenta, casi diaria, de su peregrinar murciano. En fin, hasta que Miguel Espinosa desapareció, yo era inmortal y por lo mismo, sólo experimentaba tristeza irreferida, un extraño modo, diría yo, de sensualidad y lirismo. Cercada por el halo sombrío de mi personal cementerio, empeño la memoria en que la otra tristeza, la con objeto preciso, no se torne, gobernándome, pura abyección. Ustedes, con su presencia, suscitan la buena tristeza que el escritor, para todos sus secuaces, pretendiera. Tienen, pues, todo mi agradecimiento.